

Comencemos, como es natural, por definir "envidia". Envidia es alegrarse el mal del prójimo y entristecerse de su bien.

Y el remedio consistirá por tanto en la magnanimidad de alegrarse por su bien y entristecerse por su mal.

Una de las formas o manifestaciones de la envidia, envidia potenciada, consiste en procurar que el enemigo haga más disparates, más males, y que no pueda hacer bienes.

Nada de él es bueno, aunque se bueno según otros criterios; y todo es malo, aunque sea bueno, según ellos.

Pascal habló ya de «herejías personales». Podrá ser bueno una persona, a n óptima, recitar el Credo ortodoxo, cumplir con los deberes oficiales, extremar hasta el scrúpulo su comportamiento; todo lo cual se computa como bueno, santo si la persona es ortodoxa. Si o lo es, cuando dice: Creo en Dios Padre, y el Credo integro atanasiano es Credo sospechoso de hereji sutil.

Todo lo dicho es prelude de un heterodoxo como lo es el autor y se verá.

¿Qué político hay, o ha habido, que no s alegre d y aun contribuya al mal de su adversario, de todos los demás políticos, y que se entristezca d sus bienes, de sus aciertos, fama, dotes?

¿Que alabe los triunfos, los aciertos, de otro político; se

entristezca por sus errores, calamidades, desaciertos? Y aún más, en un exceso de magnanimidad alabe sus triunfos, de palabra y escrito; le felicite oficialmente por ellos, hasta en gaceta o periódico?

¿Qué religioso, o religión, es capaz de reconocer los méritos, virtudes, obras de otra religión, de sus santos o mártires y entristecerse sinceramente por sus errores, vicios, flaquezas humanas?

¿Que un papa felicite a Lutero por sus buenas intenciones y razones; a un patriarca, por su sinceridad y campo de ministerio, por su iglesias, monasterios, liturgia? ¿Y que se entristezca, sinceramente por los errores, faltas, desaciertos; no sacarlos a pública vergüenza?

¿Y al revés: que Lutero, Huss, Calvino... en corazonada, en trance de magnanimidad, reconozcan y alaben a la Iglesia católica, al papa, a sus instituciones, doctrina, santos... aunque no las compartan?

Nada de «tolerancia», que es una forma de desprecio profundo.

¿Pero es esto posible ante la inevitable distinción entre verdad y falsedad?

Lo que es doble motivo: (1) Sobre verdad y falsedad está la sinceridad, la lealtad de conciencia, la buena conciencia. (2) La variedad. No hay, por suerte, algo así cual LA FLOR. Lo real son las flores. Sin las flores, LA FLOR tendría el monopolio, lo único verdadero en el dominio de lo precioso a la vista, de lo oloroso al olfato, de lo suave al tacto. Pero tal monopolio resulta monótono, uniforme, insoportable, atosigante, y presto aburrido. Como resultado tal toda verdad que se presente como *la verdad*.

Sin las frutas, LA FRUTA sufriría presto el menosprecio de lo inevitable, empalagosa, inapetente. Sin las verdades, LA VERDAD —en cualquier orden: religioso, político, social, estético— resultaría p esto a la conciencia, al entendimiento reflexivo, monótona, arr'ada, machacona.

¿Qué de más aburrido que na *Summa philosophica* o una *Summa Theologica*, o una obra de derecho o una de eco-

nomía política o una de literatura... impuesta como obligatoria, por ser (pretender) la única verdadera, a repetir para siempre, por todos? Amén, Amén, Amén.

La única categoría propia de los particulares, de los necesariamente fieles, es la de repetidores, doctrinos, glosadores, comentadores, talmudistas, acólitos.

Con la parábola evangélica: “se han traga o el Camello”, el único, de la unicidad; les queda “colar el mosquito”.

Retrotrayéndonos: por la primera parte se trataba de evitar la envidia mediante la magnanimidad, la calida e Gran Señor.

Mas ahora, después de las consideraciones sobre la preferencia, para la vida, de la variedad de flores, de frutas, de verdades, de religiones, de sistemas de economía, de estilos literarios, tales variedades eliminan la monotonía, monopolio, uniformidad, unanimidad de *la verdad*, de *la religión*, de *la economía*, de *la política* ...

Tales LAS quedan refutadas vitalmente por el aburrimiento, fastidio, hastio que sobrevendrían a la humanidad.

Y que ya, en dominios geográficos, los ha sentido el pueblo, la nación, el estado en que una LA haya predominad. la categoría de LA VARIEDAD la de UNICIDAD.

De las flores, frutos, verdades, religiones, políticas, economías, literaturas se desprenden y elevan cual auréolas *la flor*, *la fruta*, *la verdad*, *la política* ... o mundo platónico, supracelestial.

De ella vale la sentencia de Mallarmé: «Ideas, hijas de grandiosos deseos».

Quito, 11 de junio de 1992